

esos años, con esa vejez de su espíritu corrido, y más que corrido, me va a hacer feliz?" Y dudas mucho cerlo.

CHARITO.—Yo no digo ná.

DON BENEDICTO.—Con que lo pienses es bastante; pero si empiezas, acaba el pensamiento.

CHARITO.—¿Y cómo quiere usté que yo lo acabe?

DON BENEDICTO.—Muy fácilmente. Preguntándose: ¿Qué gratitud, qué adoración me va a dar este hombre que no me puede brindar brío ni juventud? ¿Qué va a hacer de mi vida? ¿Qué altares va a levantar para que yo me alcé?...

ROBLES.—No crea usté que hace falta decírselo. Mi hija, aunque está mal que yo lo afirme...

DOÑA SACRAMENTO.—Eya tié demasiao sentío pa que se le escape na.

DON BENEDICTO.—Cada uno defiende su causa.

ROBLES.—Y hace bien, porque si no, ¿quién va a defendérsela? Yo he cumplido con mi deber de padre enseñándole el pro y el contra que tiene esto. Pero nada más. Consejos, no. Coacciones, no.

DOÑA SACRAMENTO.—¡Quién pudía pensá otra cosa! El papel de padre tié esas exigencias. De consciencia es que digamos los que no lo somos, que no se ofresen too los días ocasiones como ésta.

DON BENEDICTO.—Calla, Sacramento. Lo que todos teníamos que hablar ya lo hablamos. Es ella la que tiene que decir ahora la palabra definitiva.

DOÑA SACRAMENTO.—Eso mismo. La definitiva.

ROBLES.—Y con cuanta mayó claridá mejor. Lo quiero o no lo quiero. ¿Para qué más?

DOÑA SACRAMENTO.—Contesta, niña.

CHARITO.—¿Qué vi a contestá?

ROBLES.—Lo que se té dise. Sí o no.

CHARITO.—Ahora mismo? ¿Precisamente ahora mismo?

DOÑA SACRAMENTO.—Ven aquí, mujé, ven aquí. (*Llevandóselo aparte.*) ¡Pero qué indecisión es ésa! ¿Quién que la diga yo por tí?

CHARITO.—No. Yo sé hablá cuando el habló no es más que una palabra. (A *Don Benedicto*.) Don Benedicto, mi respuesta es muy clara; yo...

(*RAMON, por la puerta del foro; entra de espaldas, quedándose en la puerta como si el espectáculo que deja detrás de él lo absorbiera. Es un hombre de treinta años, guapo, elegante, sin afectación, con un sello de aristocracia que cuanto más sencilla se hace es más vigorosa. Riendo francamente.*)

RAMON.—¡Bravo, Celestino! ¡Anda ya, que la niña lo vale! ¡No le huyas, mujer! (Rié.) ¡Aprieta ese pimpollo! ¡Y que sea enhorabuena! (Vuelve a reír.) ¡Pero qué es eso? ¡Se enfada la niña, con lo guapa que es? Convéncela. Sin palabras, hombre; sin palabras.

